

NO SE OLVIDEN DE NOSOTROS

En una mañana de agosto, me desperté temprano, como acostumbraba, y me alisté para el instituto. Viajaba en el transporte hacia la ciudad donde cursaba el primer año de la universidad; mirando a través de la ventana y pensando, “¿qué será de este día?” Pues visitaríamos una casa hogar de ancianos. Nunca había ido a una, y lo poco que había escuchado al respecto, era algo «nada» emocionante: “ahí sólo están aquellos que su familia los abandonó”, “están descuidados por completo”, “es aburrido, todo se les olvida” y diferentes comentarios similares a esos.

Llegué a la parada de autobús, ciertamente aún debía caminar varias cuadras para llegar a la escuela; en ellas un sinfín de ideas venían a mi mente, pues cabe resaltar, la visita era para brindarles un momento de compañía, y debido a que estudio en el área de la salud, proporcionamos la toma de signos vitales por parte de nosotros como alumnos y consultas dadas por mi profesor.

Pasaba el tiempo en clases hasta que llegó aquella hora especial. Con el equipo básico en nuestras mochilas y mucha actitud, fuimos «aquel grupo de siete» a lo planeado.

Tocamos el timbre y abrieron de inmediato, nos estaban esperando. Mi corazón latía tan rápido, que una sonrisa nerviosa respondió a la de una mujer encargada del lugar. Entramos y para mi sorpresa, el sitio parecía vacío, debo confesar que creí que ya nadie habitaba dicho hogar.

“Algunos están en su clase o taller” interrumpió una voz en el silencioso caminar, “pero todos saben que vendrán y se incorporarán de inmediato” terminó de agregar. En un par de zancadas, todo cambió, incluso los árboles parecían haber cobrado color, pues risas y pláticas se escuchaban en nuestro alrededor.

Empezamos a valorar a cada uno de los integrantes del hermoso lugar, entre plática con ellos para revisar su presión arterial, su nivel de glucosa y otros datos más. Cada minuto que pasaba ahí, era de lo más interesante, pues pude percatarme desde el momento en que traté con cada uno de ellos, que los comentarios que había recibido eran erróneos por completo.

Excepto uno, que parecía contar parte de la verdad.

Me acerqué a la mujer de cabello blanco y fino, esbozó una sonrisa con calidez que me transmitió mucha paz, detrás de aquella dulce mirada se avecinaba una conmovedora enseñanza. Accedió a que la valore luego de presentarme con ella, en ese momento empezó a narrar: “Muchacha, qué bueno que tus compañeros y tú se tomaron el tiempo de visitarnos, nunca unos jóvenes vinieron a vernos, mucho menos se preocuparon por nosotros como lo hacen ustedes”.

Le sonreí y dije que no debía agradecer, lo hacíamos de todo corazón. Ella prosiguió: “Lo digo, para que no se olviden de nosotros. Sí, es divertido pues entre todos aquí hicimos amistades y la pasamos genial, nuestras apuestas con galletas y sodas... pero al menos a mí, mis hijos no me han venido a visitar. Cada mes un pretexto diferente, y yo, con la misma respuesta comprensiva, que no se preocupen, el próximo mes será”. Asentí comprendiendo lo que decía, pues en la tv alguna vez vi un caso similar. “Y cuando digo que no se olviden de nosotros, no solo me refiero a los que aquí estamos, sino a los tuyos; quiere mucho a tus abuelos si aún los tienes con vida, ayúdales si te es posible, también respeta los mayores que te rodean, pues como dice el dicho: «como te ves, me vi; y como me ves, te verás»”.

—Jesed